

ESCENA XII.

DICHOS, MARGARITA, en el fondo.

- NOVA. (Con voz suplicante.) Señor marqués, perdon, perdon.
LUIS. ¡Cielos! (Luis helado de espanto permanece inmóvil.)
NOVA. ¡Señor marqués, perdon! (Dando dos pasos hacia Luis con la solemnidad de un espectro.)
MARG. (Con terror.) ¡Dios mio! ¿qué dice?
LUIS. (Comprendiendo de repente, se adelanta hacia el anciano, y deteniéndose delante de él, extiende la mano sobre su cabeza.) ¡Descansa ya, Novoa, yo te perdono! (El rostro de Novoa expresa al momento una grande alegría, vacila y Luis le detiene.)
MARG. (Acercándose á Luis.) Don Luis, ¿qué significa esto? Hable usted por favor... ¿usted conoce algun secreto terrible?
LUIS. ¿Yo? Ninguno. Me presto á su delirio, hé aquí todo.
MARG. Padre mio... padre del alma, hable usted, hable usted todavía, se lo suplico... usted tiene alguna idea, algun recuerdo que le atormenta... ¿No es esto, no es esto, padre mio? ¡Hable usted en nombre del cielo! en nombre del Dios de las misericordias. (El anciano entresbre los labios como para hablar. Margarita escucha con angustiosa ansiedad, pero de repente Novoa extiende los brazos, exhala un profundo suspiro y cae sin movimiento en el sillón.)
MARG. ¡Ah! ¡madre mia! (Dando un grito y cayendo de rodillas.)

ESCENA XIII.

DICHOS, el DOCTOR, que llega apresuradamente.

- DOCT. (Poniendo la mano sobre el corazón del anciano.) ¡Ore usted, señorita!

FIN DEL ACTO CUARTO Y CUADRO SEXTO.

ACTO QUINTO.

CUADRO SÉTIMO.

La misma decoración que el anterior. En medio del salon una mesa; bujías encendidas.

ESCENA PRIMERA.

D. LUIS, D. RICARDO en pie cerca de la mesa, alrededor de la cual están sentados D. IGNACIO, MARGARITA, DOÑA ELENA, DOÑA TRINIDAD, LUISA.

- IGNAC. ¿No cree usted á propósito, señora, convocar aqui á los criados de la casa?
ELENA. Si es necesario...
IGNAC. Necesario, no, señora.
ELENA. Pues entónces prefiero que permanezcamos solos los que estamos aquí.
IGNAC. Como usted guste. (Dirigiéndose á Doña Elena y á Margarita.) Cuando hace ocho dias me enviaron ustedes un expreso á Tolosa, donde aún me hallaba, anunciándome la pérdida que acababan de sufrir, é invitándome á venir á su lado, yo me apresuré á complacerlas; una vez

aquí, tuvieron ustedes la bondad de honrarme con su confianza, encargándome que procediera á formar el inventario de los papeles particulares del difunto don Pedro Novoa, padre político de usted, señora, y abuelo de usted, señorita. Desde luego daré á ustedes cuenta en resúmen del resultado de mi exámen y despues entraremos en los detalles relativos á las cantidades. Empezaré, señores, poniendo en su conocimiento que aunque todas las piezas relativas á las voluntades testamentarias del señor Novoa, están colocadas en carpeta numeradas con el mayor cuidado, no he podido encontrar hasta ahora la que debía llevar el número primero, la carpeta número primero falta. (Doña Trinidad dirige una mirada á D. Luis.) La carpeta núm. 2, arregla de una manera muy honrosa lo que corresponde á doña Elena.

ELENA. Bien, adelante, adelante, amigo mio; supongo que mi hija no desampara á su madre, de consiguiente estoy tranquila.

RIC. En cuanto á eso, querida mamá suegra, aquí estoy yo (Bajo á D. Ignacio.) (Qué cantidad es la que...)

IGNAC. Un poco de paciencia, caballero, si usted gusta. La carpeta número 3, provee á los intereses de la señorita Luisa. (Esta mira á D. Luis como para darle gracias.)

ELENA. ¡Cuánto me alegro!

LUISA. ¡Señora!

IGNAC. La carpeta número 4 contiene diversos legados á favor de los criados; y no hay más.

TRIN. ¿Está usted seguro de que no hay más?

IGNAC. Segurísimo.

TRIN. ¿De modo que para mí no hay nada?

ELENA. Tranquilícese usted, mi querida prima; partiremos la misma choza.

TRIN. (Con acritud.) Gracias, prima; pero por eso no es ménos extraño... Por lo demas, sé muy bien á quien debo agradecer esto... Á este caballero, (Señalando á D. Luis.) que me ha honrado siempre con su amistad particu-

lar... Y ahora empiezo á comprender...

LUIS. Señora, yo soy el que no comprendo...

TRIN. ¿Comprendería usted mejor sin duda si yo le preguntase qué es lo que ha hecho de la carpeta número 1.º?

LUIS. Señora... (Turbado. Todas las miradas se fijan en él.)

ELENA. Prima, ¿qué quiere usted decir?

IGNAC. Si; ¿qué quiere usted decir?... Haga usted el favor de explicarse.

TRIN. Quiero decir que cierto dia yo misma, con mis propios ojos, ví al señor quemar un papel extraido de esa carpeta, y que el sobre que encontré al lado del brasero de usted, prima, y que tuve buen cuidado de recoger, tiene precisamente el número que aquí falta, y en prueba de ello voy á buscarle. (Se levanta y todos hacen lo mismo: los criados llevan la mesa al fondo.)

GNAC. Espere usted, señora... Don Luis, ¿qué dice usted?

ELENA. Don Luis...

RIC. ¡Y bien, caballero!

LUIS. (Con turbacion.) Lo que dice es cierto, solo que se engaña acerca del contenido de aquel papel; no contenía disposicion alguna en su favor, era... un papel insignificante, que creí podía quemar. (D. Ignacio le mira con asombro.)

RIC. (Á fé mia que la cosa no tiene malicia.)

ELENA. (Á Luis.) ¿Pero es posible que haya usted abusado asi de nuestra confianza?

LUIS. Señora, repito que ustedes se engañan sobre la importancia...

IGNAC. Pero en fin, ¿cuál era el contenido de ese papel?

LUIS. No puedo decirlo. (Movimiento general.)

ELENA. Lo siento mucho, don Luis, pero usted mismo conocerá que desde este momento no podemos vivir bajo el mismo techo.

LUIS. (Inclinándose.) Lo conozco, señora. Adios. (Se aleja.)

MARG. Don Luis, ¿no tiene usted nada... nada que decir en su defensa?

LUIS. Nada. (Saluda otra vez y se va por el foro.)

ESCENA II.

DICHOS, menos D. LUIS:

- IGNAC. ¡Si, sí... comprendo: eso es!
- ELENA. ¿Ha visto usted, don Ignacio, qué desengaño?
- IGNAC. ¿Desengaño?... Sí... sí, señora.
- RIC. A mí no me sorprende lo que ha pasado. ¡Nunca fué santo de mi devoción! Empezó haciendo habilidades con un caballo y concluyó escamoteando papeles: era un discípulo de Bosco, un Macallister.
- TRIN. Todo eso y mucho mas será; pero el hecho es que me quedo sin mi legado, porque estoy bien segura de que en aquel papel...
- IGNAC. Sosiéguese usted, doña Trinidad: si contenía su legado de usted, no se ha perdido nada, porque yo tengo el duplicado... ¡aquí está!
- TODOS. ¡Cómo!
- IGNAC. Por un exceso de precaución, que hoy vemos no era infundado, el señor de Novoa me había confiado este secreto, que me estaba prohibido revelar mientras él viviese, que yo esperaba no tener que revelar nunca. Pero ya que es preciso, (Á Margarita y á su madre.) lean ustedes... de su misma letra...
- MARG. (Recorriendo apresuradamente el papel.) El marqués de Valleumbrio... Méjico... ¡Ah! ¡es posible!... ¡Oh! ¡Dios mio! sí, sí... ¡ahora comprendo aquellas palabras misteriosas, supremas! ¡Oh! ¡qué vergüenza!
- ELENA. ¡Hija mía!
- IGNAC. ¿Quiere usted que le llame? (Á Margarita.)
- MARG. ¡Á él! ¡Oh! no... ¡Avergonzarme delante de él, nunca! Pero que se quede, que se quede aquí... Á nosotras, á nosotras es á quien toca marchar. Venga usted, madre mía, venga usted; salgamos de esta casa... ¿Lo oye usted? (Á D. Ignacio.) ¡Nunca!... ¡Oh! ¡qué vergüenza! (váse por la derecha, sostenida por su madre y por Luisa.)

ESCENA III.

D. RICARDO, D. IGNACIO, DOÑA TRINIDAD.

- RIC. Señor mio, ¿sabe usted que le quedaría agradecido si tuviera usted la bondad de explicarme lo que pasa? Porque si entiendo una palabra...
- TRIN. Sí, por Dios, díganos usted lo que sucede...
- IGNAC. Sucede que la fortuna del señor Novoa, á consecuencia de sucesos de familia que constan en este papel, pertenece á don Luis, y que Margarita parece dispuesta á restituírsela.
- RIC. ¿Qué es lo que usted dice? conqué Margarita se queda sin... ¡ay! ¡ay! ¡ay!
- IGNAC. No puedo explicar á ustedes el motivo; pero en cuanto al hecho, doy fé.
- TRIN. Pero entónces... ¿hay más que hacer una cosa? Voy á decirselo... Así como así, bastante tiempo hace que se aman. (Váse por la derecha.)

ESCENA IV.

D. RICARDO, D. IGNACIO.

- RIC. ¿Qué es lo que dice? ¿Será cierto que se aman? ¡Y yo que no lo había reparado! Pues entónces voy á decir como ella...
- IGNAC. (Con ironía.) ¡Oh! tranquilícese usted. Tiene usted la palabra de Margarita y no es justo sacrificar á usted.
- RIC. Si, señor, sacrifiquenme ustedes, sacrifiquenme; tienen ustedes mi permiso para sacrificarme... Aquí no se me hace justicia... yo no sé qué motivo he dado para que se interpreten mal todas mis acciones, para que se me tenga por un hombre sin alma, sin corazón. ¡Ah!

ESCENA V.

DICHOS, FABIAN.

FAB. Don Ignacio, si usted pudiera venir con las señoras... la señorita Margarita llora que es una compasion... y la señora suplica á usted...

IGNAC. Voy allá.

RIC. Y yo con usted; voy á decirlas que obren como si yo no existiera... ¿Qué más puede exigirse de mí? Que obren como si yo no existiera. No me hacen justicia. (Vánse los dos por la derecha.)

ESCENA VI.

FABIAN, despues D. LUIS.

FAB. (Apagando las bujías) ¡Pero qué es lo que pasa, Dios mio? Don Luis se marcha... la señorita quiere irse tambien á pie, por la noche...

LUIS. ¡Fabian! (Entrando por el fondo y con timidez.)

FAB. ¡Ah! Don Luis... ¡cuánto me alegro de ver á usted aún!...

LUIS. ¿Quieres por última vez hacerme un favor?... Toma dos ó tres paquetes que hay en mi cuarto y haz que los lleven al extremo de la avenida, donde espera un arriero, que los conducirá á Tolosa. Anda, amigo mio, yo te sigo.

FAB. Señor don Luis...

LUIS. Á no ser que rehuse...

FAB. ¡Oh! ¡Dios mio! rehusar yo...

LUIS. Pues anda.

(Fabian se va por el fondo murmurando tristemente.)

ESCENA VII.

D. LUIS.

¡Valor! ¡es preciso partir! Esta es la última prueba, pero tambien la más amarga... ¡Padir!... En este momento supremo me parece que no he sufrido nada ántes de ahora, y dejar este sitio para siempre, aunque ha sido para mí un lugar de continuos tormentos, me parece que dejo un paraiso! ¡Ah! ¡cuán débil es el corazon del hombre! ¡Ahora mismo estaba yo en ese jardin, espiando como un niño el instante en que podría deslizarme en este salon... para estar un momento más cerca de ella!... Sí, ahí la he visto todo el dia al lado de su madre... Este bordado que su mano ha recorrido... (Toma el bordado y le besa.) ¡Ah! ¡cuánto la amaba! ¡Adios! adios! (Margarita aparece en la puerta de la izquierda y se detiene.)

ESCENA VIII.

MARGARITA, LUIS.

LUIS. (Sin verla) ¡Ea! ¡ya es demasiada debilidad! Partamos. (Al volverse ve á Margarita.) ¡Ah!

MARG. Señor marqués, no es usted quien debe partir. Está usted en su casa; todo cuanto hay aquí le pertenece...

LUIS. ¡Cómo! usted sabe...

MARG. ¡Todo!... La Providencia no ha querido que su noble desinterés de usted quedase ignorado. Don Ignacio tenía el duplicado del papel que con tanta abnegacion había usted destruido. Mi madre y yo vamos á dejar esta casa... Yo no quería volver á ver á usted por no sonrojarme en su presencia; pero ¿qué importa que sufra una vez delante de usted aquella que le ha hecho sufrir tantas con su injusticia?... Señor marqués, suplico á usted que me perdone.

- LUIS. ¿Yo perdonar á usted? ¡Oh! ¡nunca la he acusado!?
- MARG. ¡Es verdad! Pero queria usted dejaros tambien como la tarde que nos encontramos en las ruinas, y ahora no puedo detener á usted como allí abriéndole mi alma. porque en aquella noche, cuyo recuerdo no se apartará nunca de mi, juró usted...
- LUIS. Juré que aunque la viera á usted de rodillas delante de mi, nunca aceptaria una fortuna de su mano, pero ahora, Margarita, soy yo el que la pongo con mi corazón á tus piés. (Doblando la rodilla.)
- MARG. Acepto el corazón... (Levantándole.) la fortuna... partámosla con tu hermana.

ESCENA ÚLTIMA.

D. RICARDO, D. IGNACIO, DOÑA ELENA, DOÑA TRINIDAD,
LUIS, FABIAN y DICHOS.

- ELENA. ¡Luis, hijo mio!
- LUIS. ¡Señora!... ¡Amigo mio! (A D. Ignacio.)
- RIC. Marqués, siempre tuve hácia usted una inclinacion, que ahora me explico.
- LUIS. ¡Don Ricardo!
- FAB. ¡Ya estaba yo seguro de que era un caballero!
- MARG. ¡Cuánto te ha hecho sufrir mi desconfianza! Pero ahora, serás feliz, ¿no es verdad?
- LUIS. Sí, Margarita querida,
que mi suerte y tus rigores
han hecho de estos amores
la novela de mi vida.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente
en que su representacion se autorice.
Madrid 18 de marzo de 1859.

El Censor de teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

